

# Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 8

MADRID

DICIEMBRE-1934

## JOSE ORTEGA Y GASSET: PROFETA DEL FRACASO DE LAS MASAS (1)

Luis Araquistáin

*El filósofo consecuente.*

Tengo noticia de que unas frases interpoladas por José Ortega y Gasset en un prólogo a una nueva edición de su *España invertebrada* (1934) —frases recogidas y comentadas por nuestro colaborador Carmona Nenclares en el número de noviembre de esta Revista— han producido inusitado y vehemente disgusto en algunos de sus lectores habituales y también en otros ocasionales o adventicios, que hasta ahora solían recibir las lucubraciones de este escritor con callada resignación o piadosa indiferencia. Las frases son las siguientes:

«Debo decir que a mí, de todas esas ideas (las del men-

cionado libro), las que hoy me interesan más son las que todavía siguen siendo anticipaciones y aun no se han cumplido ni son hechos palmarios. Por ejemplo: el anuncio de que cuanto hoy acontece en el planeta *terminará con el fracaso de las masas en su pretensión de dirigir la vida europea*. Es un acontecimiento que veo llegar a zancadas. Ya a estas horas están haciendo las masas —las masas de toda clase— *la experiencia inmediata de su propia inanidad*. La angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío las curarán *de la atropellada petulancia* que ha sido en estos años su único principio animador. Más allá de su petulancia descubrirán en sí

mismas un nuevo estado de espíritu: *la resignación*, que es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar»<sup>1</sup>.

Estas ideas, como el autor las llama impropriamente, porque no son intuición inmediata de algo que está en la realidad externa o en nuestra propia conciencia, que es lo típico de la idea, sino que aluden a lo que aun no existe, a lo que está en el vientre problemático del futuro, por lo que sería más exacto llamarlas profecías, pronósticos, horóscopos o presagios, y más concorde además con la mentalidad pitónica y mágica, de vate o adivino, de taumaturgo u

oráculo, más que de filósofo, de este coruscante escritor; estas profecías, pues, ni son nuevas en él ni están expuestas más vigorosamente que en otras ocasiones por el propio augur.

Hay que reconocérselo: nadie le podrá inculpar con justicia de inconsecuencia íntima. Su pensamiento, como hemos de ver, se desarticula con frecuencia en contradicciones monumentales, que rompen la unidad y la consistencia de sus castillos ideológicos, que son casi siempre ingravidos castillos en el aire. La lógica racional, la actividad intelectual, no es un fuerte. Ni hay para él menoscabo en que así sea, porque su prestigio, que nadie podrá negar, se funda en otras calidades sugestivas, mejores o peores, pero distintas. En cambio, su lógica vital, como él la llamaría, su actitud ante la vida es de una atroz consecuencia.

Toda su *filosofía* está ya en sus primeros artículos y ensayos, hasta con las mismas palabras y metáforas, que se han de repetir monótonamente a lo largo de su obra. Acaso esto explica el esfuerzo que este escritor exige para ser leído, no por profundo y árido, que no lo es, sino, al contrario, más bien de poca sonda y de suficiente amenidad. A pesar de lo cual cuesta mucho trabajo leerle seguidamente, sin duda por una razón: porque su obra no fascina y arrastra con la fuerza de un organismo que crece y se transforma maravillosamente, como un ser vivo, sino que pesa y fatiga como una fórmula que se repite y quiere ser demostrada sin cesar.

La fórmula es el primado de la vida sobre la razón: que la razón es para la vida y no la vida para la razón; que en el origen y en el fin del Estado, de la nación, de todas las instituciones humanas y de la

existencia individual está, o debe estar, la vida y no la razón; que cuando se pone por delante la razón, que es igualitaria y utópica, y quiere subsistir a las jerarquías de la vida, que esencialmente sólo da masas y minorías selectas, todo fracasa y se hunde: Estados, naciones, civilizaciones. La fórmula, con sus pretensiones de novedad y a pesar de algunos de sus ilustres renovadores alemanes, es más que vieja, arcaica, como espero probar en este estudio, y en su aplicación a la política es romántica, regresiva, o para decirlo con una palabra poco exacta, pero muy expresiva y cuyo sentido todo el mundo comprende: reaccionaria; es decir, en último extremo: una fórmula antivital.

Esta paradoja o contrasentido explica tal vez la escasa adhesión que el pensamiento de Ortega y Gasset suscita, salvo en ciertas zonas del alma burguesa desesperanzada o desesperada de una Europa y una América para quien «la rebelión de las masas» es la causa de todos los males presentes, como nuestro autor enseña. Sin embargo, para la inculta y montaraz burguesía española este paladín de la contrarrevolución y de la anti-revolución todavía es demasiado revolucionario; pero ya le descubrirá algún día.

Nuestro filósofo ha sido siempre legal a sí mismo, salvo en dos fugaces momentos. Uno fue allá por 1910 ó 1911, cuando con otros escritores peroraba en los mítines de un partido republicano español. Fue su sarampión revolucionario. Pero se curó pronto. En 1914 habla de los que «no hemos sido nunca republicanos, o lo hemos sido, como muchos compatriotas nuestros, pasajera y en una hora de mal humor»<sup>2</sup>. El otro fue un poco más tarde. El socialismo —viene a decir en-

tonces en su artículo— es una nueva forma de aristocracia. Parecía que él, aristócrata del cerebro, se iba a adscribir al socialismo. Pero no. Si lo otro ocurrió en una hora de mal humor, en una hora de buen humor debió escribir esto. En 1914 ha rectificado y el socialismo son «credos dogmáticos con todos los inconvenientes para la libertad que tiene una religión doctrinal»<sup>3</sup>. Poco después descubre que el capitalismo es el medio natural y paradisíaco para las minorías selectas: unos fabricantes de papel en todas sus formas y contenidos —papel para imprimir y papel ya impreso, como periódico y como libro— le nombran mentor de varias de sus empresas. Ahí se acabó el socialismo aristocrático. Pero salvo estos dos breves deslices sin importancia, su lealtad a sí mismo ha sido ejemplar.

Sus *ideas* sobre las masas no son de ahora. Todavía en 1914 las llama, refiriéndose a las españolas, «esas pobres grandes muchedumbres dolientes»<sup>4</sup>. Quería redimirlas. He aquí su programa bucólico: «Vamos a recorrer los campos en apostólica algarrada, a vivir en las aldeas, a escuchar las quejas desesperadas allí donde manan; vamos a ser primero amigos de quienes luego vamos a ser conductores»<sup>5</sup>. Pero todo esto es simulación retórica. Nadie va a los campos en «apostólica algarrada»; a lo sumo, como turistas. Nadie va a vivir en las aldeas; los consejos de administración de las sociedades anónimas están en las ciudades. Y la amistad que iba a forjarse entre la masa y sus conductores se malogra antes de nacer.

Pocos años más tarde —siete u ocho—, el pastor está desilusionado e irritado con la grey indisciplinada. En tan poco tiempo ha llegado a esta

tremenda conclusión: «La rebelión sentimental de las masas, *el odio a los mejores*, la escasez de éstos; he ahí la raíz verdadera del gran fracaso hispánico»<sup>6</sup>. La égloga de 1914 parece en 1922 un anatema de Isaías: «Pero como en estas páginas queda dicho, las masas, una vez movilizadas en sentido subversivo contra las minorías selectas, no oyen a quien les predica normas de disciplina. Es preciso *que fracasen totalmente para que en sus propias carnes laceradas aprendan lo que no quieren oír*»<sup>7</sup>. Esta es la pedagogía del escarmiento y del loco por la pena es cuerdo, por obra fecunda del fracaso. «El dolor y el fracaso crean en las masas una nueva actitud de sincera humildad, que les hace volver la espalda a todas aquellas ilusiones y teorías antiaristocráticas»<sup>8</sup>. ¿Y qué les queda entonces de frente? Entonces «el hombre siente un increíble afán de servidumbre. Quiere servir ante todo: a otro hombre, a un emperador, a un brujo, a un ídolo... Tal vez el nombre que mejor cuadra al espíritu que se inicia tras el ocaso de las revoluciones sea el del espíritu servil»<sup>9</sup>.

Como se ve, este ciclo fatal por que pasan las masas —rebelión, fracaso, dolor, resignación, humildad, servidumbre— no lo ha inventado ahora Ortega y Gasset. Lo viene repitiendo desde hace años. ¿Pero por qué ahora, y no antes, sus opiniones sobre esta materia comienzan a suscitar una reacción polémica en España? El hecho merece ser analizado.

### *El filósofo de moda.*

Discrepantes los tuvo siempre, pero rara vez en público. Pocas veces un escritor gozó como él las mieles de la admiración patidifusa, sin reservas mentales y sin contradictores.

Fue el *filósofo* de moda. Sus conferencias formaban parte de los programas del *gran mundo*. Su auditorio estaba compuesto de todos los petimetres de la cultura, de ambos sexos y con preponderancia del femenino, *snoobs* ociosos y pedantuelos que se imaginaban personificar la doctrina de las minorías selectas, a fuerza de oírsele al maestro; los que quedaban fuera de la sala de conferencias eran la masa vil. Años encantadores para el renacimiento filosófico en España. Las duquesas tomaban lecciones de filosofía con los edecanes del maestro, alternándolas con las de equitación, y las condesitas —nuevas preciosas ridículas— corrían a pedir en las librerías la *Psicología, Lógica y Ética* de Platón, confundiendo cómicamente la especie con una asignatura del antiguo bachillerato, de que habían oído hablar a sus primeros novios.

Pero muy pocos se aventuraban a contradecir públicamente al pensador egregio, ápice de la más selecta de las minorías selectas, y cuando alguien incurría en la candidez o la osadía de hacerlo, como en una ocasión Salvador de Madariaga, el castigo era fulminante y ejemplar. Contradecirle era una prueba de estupidez, de incompreensión, de rencor o de envidia. En alguna parte dice que «vivimos un tiempo de *chantage* universal que toma dos formas de motín complementario: hay el *chantage* de la violencia y el *chantage* del humanismo. Con uno o con otro se aspira siempre a lo mismo: que el inferior, que el hombre vulgar pueda sentirse eximido de toda supeditación»<sup>10</sup>. Pues bien: hay otra forma de *chantage* todavía más intolerable, y es el del hombre que se otorga a sí mismo patentes de superior, de selecto, de eminente,

de excelente, para que nadie le discuta, sin duda porque conoce o presiente, la endeblez y carencia de originalidad de su doctrina, y temeroso, además, de ser desenmascarado como autor de una filosofía que, en lo que algo vale, no es suya, atribuye de antemano a bajeza o resentimiento toda exégesis o contradicción posibles.

Un ejemplo de esta forma de *chantage*: «Pero lo mismo acontece si le da por ser revolucionario: su aparente entusiasmo por el obrero manual, el miserable y la justicia social, le sirve de disfraz para poder desentenderse de toda obligación —como la cortesía, la veracidad y, *sobre todo, sobre todo, el respeto o estimación de los individuos superiores*. Yo sé de no pocos que han ingresado en uno u otro partido obrerista no más que para conquistar dentro de sí mismos *el derecho a despreciar la inteligencia y ahorrarse las zalemas ante ella*»<sup>11</sup>. No estar de acuerdo con el auto-selecto, no hacerle zalemas, como el perro al amo, y tener la audacia de discutirle, es despreciar la inteligencia y faltar a la obligación de respetar a los individuos superiores —por propia calificación—, y para eso, nada más que para eso, los indóciles se titulan revolucionarios e ingresan en los partidos obreristas. La cosa no puede ser más clara y sencilla. Para el chantagista de lo eminente no hay más que dos clases de hombres: unos cuantos admiradores incondicionales suyos y la masa enorme de los envidiosos.

### *El filósofo profético.*

Este linaje de *chantage* suele ser eficaz. ¿A quién le agrada pasar por envidioso y resentido? ¿Valía además la pena? Para muchos, en efecto, la *filosofía* de Ortega y Gasset

no valía la pena de una contradicción. Ante todo, porque, con todas sus pretensiones de filosofía de la Historia de alto bordo, no es más que petulante profetismo, no muy superior a los augurios que de un año para otro suelen hacer los charlatanes y *videntes* profesionales.

En la literatura española es frecuente el tono y estilo proféticos, tal vez como residuo de la fuerte herencia israelita que aun queda en nuestro pueblo. Pero aparte de eso, el profetismo es una de las formas más típicas de la mentalidad inmadura y poco informada, como le ocurre a Ortega y Gasset, aunque algunos crean otra cosa. Constantemente habla de sus vaticinios: «Cuando hace diez años anuncié que en todas partes se pasaría por situaciones dictatoriales, que éstas eran una irremediable enfermedad de la época y el castigo condigno de sus vicios...»<sup>12</sup>.

Dejando a un lado el hecho nada leve de que no en todas partes se ha pasado por situaciones dictatoriales como las que el autor anuncia, fíjese el lector en el resto. ¡El castigo condigno de sus vicios! Así hablaban sólo los profetas de Israel. Y explicarse las dictaduras como una enfermedad de la época, sin más aclaraciones, sin la menor alusión a las motivaciones económicas y a las luchas por el Poder que están en la entraña del tremendo drama social de que las dictaduras, unas y otras, son sólo la expresión externa o política, será una metáfora más o menos feliz, pero no acredita una visión realista y profunda de la historia contemporánea. He aquí otra profecía: «Una revolución no dura más de quince años, período que coincide con la vigencia de una generación»<sup>13</sup>. Leído esto en 1934, a los diecisiete años de la revolución

rusa y cuando en ella no se observa el menor signo de conclusión o agotamiento, sino todo lo contrario<sup>14</sup>, se ve lo precario del oficio de profeta.

Una filosofía profética se toma o se deja, pero sólo de un modo puede ser refutada: con otra filosofía profética, o abandonándola a la refutación más segura del tiempo. Este tipo de filosofía augural y divagatoria está hoy en franca decadencia. «Acaso sea característico del mundo moderno —escribe Jaspers— que los mejores filósofos no son siempre los *filósofos*, sino los especialistas científicos aislados y fuera de lo corriente. Si quien merece llamarse el mejor filósofo es el más universal y concreto —sin ser meramente enciclopédico— y el que en mayor grado recibe, comprende, expresa y configura el espíritu científico, el cual está con los pies en una especialidad al mismo tiempo que busca las relaciones concretas y universales del conocimiento y se mantiene en una interacción con la realidad, tal como se presenta, actual y corpórea. En este sentido originario de la filosofía pudiera merecer más que ningún otro el nombre de filósofo un economista, un filósofo de lo antiguo, un filólogo de lo antiguo, un historiador, un matemático»<sup>15</sup>. Para Jaspers, un filósofo de ese tipo fue el economista y sociólogo Max Weber<sup>16</sup>. Lo que no se llame *Lógica, Historia de la Filosofía, Sociología y Psicología*, es, según el propio Jaspers, «filosofía profética, que hoy no existe fuera de los intentos de restauración romántica del género más débil».

La descripción que Jaspers hace del pensador romántico, variante del filósofo profético, explica por qué este tipo mental es hoy incapaz de promover una fuerte adhesión

objetiva. «En lo romántico, la experiencia íntima es lo principal, la verdadera realidad. No la realización hacia afuera, sino la propia experiencia tiene sentido. Lo decisivo es el destino personal, no la objetividad... El romántico encuentra resistencia sólo en sí mismo, en su experiencia interna, no fuera de sí, en la realidad. Se coloca fuera del mundo; no da forma a nada más que a su propia experiencia interior. Por esto es él vida, la vida misma, aislada; pero por esto no crea figuras, obras, estructuras... Cualquier totalidad, sea obra del pensamiento en sistema, sea poesía, queda incompleta, es boceto, fragmento, un gran aforismo... Todo lo romántico tiene algo de meteórico. Alumbra este meteoro allí donde aparece y lo circundante recibe su luz; pero pronto huye y desaparece y es olvidadizo y pérfido desde el punto de vista del observador objetivo y del realista»<sup>17</sup>.

Lo característico del pensamiento romántico es la egocentricidad, la impotencia para entender el mundo exterior inmediato y entenderse con él. El romántico exige que sólo los demás se esfuercen por entenderle. Desgraciadamente, como en él no hay nunca un contenido objetivo, una posible realidad objetiva común, todo ensayo de entendimiento con él se frustra. Quiere amigos incondicionales, pero no colaboradores críticos, y toda colaboración, para que sea eficaz, ha de ser crítica, pues sin una crítica previa de los principios, los medios y los fines, no se puede ir a ninguna parte con nadie ni hacer nada en común.

El psicólogo Jung designa con otro nombre al tipo mental romántico: le llama introvertido (otros le denominan *ciclotímico*). «Los objetos exteriores no son causa y fin de

este modo de pensar (el introvertido), si bien el introvertido quisiera a menudo dar a su pensamiento esta apariencia; al contrario, este pensar empieza en el sujeto y vuelve de nuevo al sujeto, aunque emprenda las más dilatadas excursiones por el campo de la realidad exterior... Se reúnen los hechos sólo como comprobaciones, nunca por los hechos mismos... El pensar introvertido muestra una inclinación peligrosa a constreñir los hechos dentro de la imagen que de ellos se forma, o a ignorarlos por completo para poder desenrollar el cuadro de su fantasía. En este caso, la idea representada no podrá negar su origen, que está en la imagen oscura y arcaica. Caracterizará a esa idea cierto rasgo mitológico, que a veces se tomará por *originalidad* y en los casos peores por caprichosidad»<sup>18</sup>.

El tipo mental romántico o introvertido de que aquí se habla, cuando piensa o interviene en la política, no es, ya puede suponerse, el político romántico, sino su contrafigura, el romántico político. Carl Schmitt ha dedicado uno de sus libros, *Politische Romantik*, a estudiar históricamente la diferencia de los dos conceptos. Lo característico del romántico político es una concepción estética y orgánica del Estado, por encima de todas las diferencias sociales y por encima también de toda moral y todo derecho. El romántico, aun cuando habla del futuro, está pensando en algún modelo del pasado: Carl Schmitt alude a «la exaltación femenina que mostraban por la aristocracia feudal esos pobres literatos burgueses, Schlegel y Müller (Adam)», que él considera como tipos representativos del romanticismo político alemán del siglo XIX. (Más adelante veremos cómo Ortega y Gas-

set admira también la aristocracia feudal.) El romántico político es pasivo o cauteloso; nunca o rara vez se decide a tomar partido en las luchas de la realidad inmediata, por encima de la cual se quiere colocar siempre. Para él no hay más norma que el sentimiento. Para el romántico político de nuestro tiempo la norma no será ya el sentimiento, sino la *vida*.

A juicio de Carl Schmitt, el tipo de político romántico es Don Quijote, todo lo contrario del romántico político. «Era capaz —escribe— de ver, no las armonías superiores, sino la diferencia entre lo justo y lo injusto, y de decidir por sí lo que a él le parecía lo justo; una facultad de que carece el romántico político... Si el entusiasmo por su ideal de la caballería andante y la indignación por una presunta injusticia arrastraban al pobre caballero a un loco menosprecio de la realidad exterior, no se retiraba luego estéticamente a su subjetividad, estilizando quejas a modo de crítica de la actualidad. Su honrado celo le llevaba a situaciones en que era imposible mantener la superioridad romántica; sus luchas eran fantásticamente insensatas, pero luchas al fin, en las cuales él se exponía a personales peligros... Su entusiasmo era el de un verdadero caballero por su rango, no el de un burgués por la imagen impresionante de una aristocracia»<sup>19</sup>.

#### *El hombre tras el filósofo.*

Me he detenido en diseñar un tipo mental al que, en mi opinión, pertenece psicológicamente Ortega y Gasset, para explicar por qué sus *Ideas* y su actuación política no podían tener éxito en España ni en ninguna parte, ni como hierofante o jefe de *élite*, ni como aspirante a conductor

de masas. Filosófica y políticamente su pensamiento es anacrónico, extraño al *Zeitgeist*, al espíritu de la época. Es el pensamiento de un pequeño burgués con un complejo de inferioridad social que se compensa y manifiesta en esa división simplista de la Historia en masas y minorías selectas. Y cuando anuncia el fracaso de las masas, en realidad sólo quiere vengar en ellas su propio fracaso. Se me dirá que es escritor bastante leído en otras lenguas. No me sorprende. Toda diatriba contra las revoluciones y el proceso revolucionario de la Historia encuentra siempre un público favorable. Es natural. Las invectivas de Burke y del conde de Maistre contra la Revolución francesa dieron pronto la vuelta al mundo. Pero no todos envidian esos éxitos literarios, que duran lo que la verdura de las eras, mientras la Historia sigue imperturbable su camino, quiéralo o no la *filosofía*.

En último término, lo que importa de un filósofo no es su filosofía, sino el hombre que hay tras ella, su carácter, su temperamento. Conociendo al hombre, se sabrá el valor de su filosofía, como por el conocimiento de una filosofía se puede deducir el valor del autor como tipo humano. Si a alguien le parece este personalismo poco leal como crítica objetiva, le diré que precisamente esta reducción de la filosofía y sus sistemas a una tipología psicológica de épocas históricas o de temperamentos individuales es el tema que actualmente más interés suscita en el mundo como problema de conocimiento. El tema, sin embargo, no es del todo nuevo. Ya hace casi un cuarto de siglo que William James escribía lo siguiente: «La historia de la filosofía es en alta medida un choque de ciertos temperamentos humanos (dis-

posiciones caracterológicas)... Cualquiera que sea el temperamento de un filósofo profesional, siempre intenta de todos modos, cuando filosofa, pensar el hecho de su temperamento. Sin embargo, su temperamento forma un prejuicio más fuerte que cualquiera de sus otras premisas objetivas... Confía en su temperamento. Desea para sí un mundo que convenga a su temperamento, y cree en aquella representación del mundo que a él le conviene. Los hombres de otro temperamento no le parecen debidamente sintonizados al verdadero carácter del mundo, y en el fondo los considera incompetentes y de ninguna manera filósofos, aunque en habilidad dialéctica le superen con mucho... De ahí proviene una cierta falta de seriedad en las discusiones filosóficas: no se menciona nunca la más importante de todas las premisas»<sup>20</sup>.

Esta premisa primordial, el carácter y el temperamento, es lo que debe buscarse en toda doctrina, para comprenderla mejor y al hombre que la expone. Tal concepción de la filosofía —y lo mismo puede aplicarse, y se ha aplicado, a las religiones y al arte— es anterior a James y también, claro está, a Jaspers. El primero que comienza a trabajarla en las últimas décadas del siglo XIX es Dilthey, cuya influencia, después de muerto, sobre la filosofía alemana, y en los que principalmente se nutren de ella en otros países, ha sido y está siendo mucho mayor que en vida. Para Dilthey, «el conflicto de los sistemas metafísicos se funda últimamente en la propia vida, en la experiencia vital, en las posiciones ante el problema de la vida. En estas posiciones está la pluralidad de los sistemas, y al mismo tiempo la posibilidad de distinguir en ellos cier-

tos tipos... La naturaleza de estos tipos se hace del todo clara cuando se contempla a los grandes genios metafísicos, los cuales han expresado su concepción personal de la vida, tal como actúa en ellos, en sistemas conceptuales que aspiran a ser válidos para todos. La típica concepción de la vida es en ellos uno y lo mismo que su carácter. Se manifiesta en su ordenación vital. Llena todas sus acciones. Se revela en su estilo»<sup>21</sup>. O dicho más sencillamente: el hombre y su obra son una misma cosa. La obra es la máscara de su carácter y temperamento, que es el verdadero rostro; pero por la máscara se descubre el rostro y por el rostro se explica la máscara. En última instancia, máscara y rostro forman un todo, una unidad psicológica.

A muchos que desde hace años conocemos a Ortega y Gasset no podía atraernos su *filosofía*. De él nos separaba el abismo de una actitud radicalmente distinta ante la vida. Pero esa *filosofía* tampoco nos preocupaba. No es que ahora empiece a preocuparnos. No nos preocupa porque es extemporánea y lleva en sí misma su propia esterilidad. Pero ahora nos duele, y como todo lo que duele, necesita ser expresado. El gran proceso histórico que agita al mundo es demasiado dramático para convertirlo en liviano tema de filosofía de salón. Que se tome partido, no sólo es lícito, sino obligado. Lo ilícito es fingir que se ignoran los términos del drama o falsearlos en su esencia, para hacer como que no se toma partido y presentarse a los contendientes como un severo juez de campo de la Historia, dotado además del poder de leer el futuro en las estrellas. Eso tiene dos nombres: hipocresía y superchería.

A los que profetizan lo que

ellos llaman el fracaso de las masas y que a ciencia cierta nadie sabe lo que es, hay que responderles: Las masas podrán fracasar o no; lo que el mundo sea dentro de cincuenta años, de cien años, de tres siglos, de diez siglos, nadie puede saberlo; pero lo que sí sabemos ya es esta verdad absoluta: que los que *anuncian* el fracaso de las masas son hombres que *quieren* que fracasen, que les *conviene* que fracasen; la *profecía* es un *anhelo* profundo de su espíritu. Esta verdad está delatada en su carácter, en su temperamento, en toda su vida. Así comprendemos mejor su obra. Y analizando la obra, comprendemos también mejor su vida.

Pero el análisis de la obra de José Ortega y Gasset, aunque sólo sea, de momento, en uno de sus aspectos, como interpretación de la Historia y la sociedad, merece capítulo aparte.

#### NOTAS

- (1) *España invertebrada*, 1934. Páginas XXIII-IV.
- (2) *Vieja y nueva política*. En la Colección de sus *Obras*, pág. 103.
- (3) *Vieja y nueva política*. *Obras*, página 93.
- (4) *Idem.*, pág. 86.
- (5) *Vieja y nueva política*. *Obras*, página 101.
- (6) *España invertebrada*, 1922. Pág. 166 de la edición de 1934.
- (7) *Idem.*, pág. 167.
- (8) *España invertebrada*, pág. 104.
- (9) *El tema de nuestro tiempo*, 1922. *Obras*, pág. 810.
- (10) *Obras*, pág. 1177.
- (11) *Obras*, pág. 1177.
- (12) *España invertebrada*, página XXVI.
- (13) *La rebelión de las masas*. *Obras*, pág. 1115.
- (14) El reciente asesinato de Kirof parece indicar un resurgimiento de la táctica terrorista, a la cual suelen acudir las oposiciones cuando ya no ven otro medio de subversión.
- (15) Karl Jaspers: *Psychologie der Weltanschauungen*, 1922. Págs. 1 y 2.
- (16) Karl Jaspers: *Max Weber*, 1932.
- (17) *Psychologie der Weltanschauungen*, págs. 436 y 437.
- (18) C. G. Jung: *Psychologische Typen*, págs. 545-546.
- (19) Carl Schmitt: *Politische Romantik*, 1925. Pág. 207.
- (20) William James: *Pragmatism*, 1911.
- (21) Wilhelm Dilthey: *Gesammelte Schriften*, VIII Band, página 93.